

DERRIBOS

LAS AUTONOMIAS

en "El hotelito" de Gala

Segundo estreno consecutivo de Antonio Gala, en lo que va de temporada: "El hotelito", dirigido por Mara Recatero y Gustavo Pérez Puig en el Teatro Maravillas, propone una metáfora sobre la España de las Autonomías contada sobre el ejercicio de cinco actrices, Beatriz Carvajal, María José Alfonso, Julia Martínez, Josele Román y Pilar Bardem.

CARLOS G. REIGOSA

En un hotelito de 17 habitaciones levantado en el siglo XV por unos tales Fernando e Isabel, de casados Reyes Católicos, viven, quinientos años después, los diecisiete descendientes de la familia, todos alegóricamente femeninos, que discrepan y disputan interminablemente entre sí, en un permanente juego de reducción mutua y de vano enaltecimiento de lo propio. Estas diecisiete *mujeres* (todas primas carnales) se manifiestan desde el principio, directamente o a través de su representante, hartas de estar juntas y cansadas de una convivencia que estiman estéril e injusta, quizá ya resentida, que no satisface sus necesidades personales, ni siquiera las afectivas. Coherentes con este planteamiento, muy pronto deciden lo que tienen que hacer: Vender o alquilar el hotelito y marcharse cada una por su lado a hacer una vida independiente, libres al fin unas de las otras (que, muy sartrianamente, aparecen definidas como el módico e irritante infierno de cada una). Pero este acuerdo de desentendimiento mutuo, en apariencia definitivo, no resulta nada fácil de llevar a cabo, por más que exista una extranjera —que ya ha anunciado su visita— interesada en comprar o alquilar el inmueble. No parece tan sencillo eso de liquidar el pasado, ni se revela tan firme como las palabras indican la voluntad de echarse, en solitario, a un futuro más que incierto. Y quizá por ello, porque en el fondo no se quiere esa decisión —sólo sustentada en farfulla—, tiene sentido tanta palabra sin sentido como hay en nuestra vida cotidiana. Hoy como ayer, y como siempre, lo importante es lo que está detrás de las palabras, es decir, lo que éstas ocultan cuando más se prodigan.

La verdad o mentira (o verdades y mentiras) que hay detrás de la decisión de estas mujeres de separarse, constituye la cuestión de fondo de la última obra de Antonio Gala, *El Hotelito*, estrenada en Albacete el pasado día 6 de Diciembre y en cartele-



Un asunto de familia. (Fotos: Chicho).

ra en Madrid, en el Teatro Maravillas, desde el día 12. Y no es preciso esperar más ni añadir otras pistas (aunque el autor lo hace sobradamente a lo largo de la obra) para descubrir que en el escenario se habla, sin tregua y con un sólo *descanso*, de España. De la España de siempre, pero sobre todo de la que

viene —y no acaba de venir— del siglo XV para acá, es decir, también de la España de hoy, la del postfranquismo y la redefinición organizativa. La pieza, como el propio Gala advirtió antes del estreno, trata un "asunto de familia", un asunto más de esa familia española actual, que habita un Estado de las Autono-

mías en el que cada uno —cada una— ha desplegado sus mejores galas argumentales, patentes de singularidad, novísimas definiciones, orientaciones y perspectivas hasta cierto punto insólitas, a la busca de las diecisiete (o de las diecisiete mil) identidades perdidas. Esta es la situación que el autor elige como pretexto (y como texto) para, en sus propias palabras, "reparar, con amor disfrazado de humor, un álbum de recuerdos en desorden". Y lo repasa. Un álbum en el que está algo así como la memoria tópico-cultural de las diecisiete *damas* que habitan su hotelito, que bien pudiera llamarse "Estado Moderno", fundado en el siglo XV y que hoy, a mediados del XX, se halla en una fase de reacondicionamiento y de amplias reformas.

Cinco mujeres

Pero en el escenario no hay diecisiete mujeres. Quizá para evitar el guirigay-desmadre que tal número supondría en un escenario en el que básicamente se quiere jugar con referencias y contrastes de identidad —y se supone que no por compartir ciertas clasificaciones autonómicas del honorable Tarrade-



Gala, la España de siempre.

llas—. Antonio Gala reduce el esquema a cinco personajes (cinco mujeres y también cinco arquetipos), que son, por orden de intervención: Carmiña (Galicia), Rocio (Andalucía), Montserrat (Cataluña), Begoña (País Vasco) y Paloma (que es a la vez débil Administración Central, representante de las otras doce comunidades y Comunidad Madrileña). ¿Por qué todas mujeres? El dramaturgo también lo explicó estos días: Las mujeres son la verdaderas continuadoras, conservadoras y transmisoras de la vida; el hombre no

ría y la pobreza hermanadas; la Cataluña burguesa y poderosa, equivocadamente progresista, perennemente pragmática y cautelosamente española, protagonista permanente de conflictos con Madrid; el País Vasco, huracán y celoso de lo suyo, quizá la imagen más abiertamente caricaturizada, con trazos —y gestos— toscos y esquivos y referencias manidas y reiteradas de sus contradicciones más agudas, y Madrid, la comunidad en verdad extraordinaria que se limita a poner el centro y cuyo carácter se debate entre la soberbia del im-

perio, o de una superior capitalidad, y la humildad de ser una más y no la mayor entre las diecisiete.

Para mostrar estos y otros rasgos diferenciados y singulares y contraponerlos adecuadamente, el autor echa mano de toda clase de aditivos culturales, dichos, coplillas, argumentos populares o impopulares, sutiles axiomas o desvencijados apotegmas. El objetivo es, por activa y por pasiva, hablar continuamente de España y de lo español en sus más variadas caracterizaciones y con un propósito

de debate en el que seriedad y humor consigan convivir armónicamente de espaldas al aburrimiento. Porque Antonio Gala no quiere dar ninguna murga esencialista de lo trascendente español. Quiere, en ésta como en otras ocasiones, jugar con las palabras, ordenarlas de un modo sugerente y significativo, construir con ellas frases precisas y certeras y unirlas e insertarlas oportunamente en un discurso dramático. Y esto lo intenta incluso cuando el elemento que maneja es, como en *El hotelito*, algo tan resbaladizo y peligroso como el tópico, verdadera monda de plátano sobre la que muchos buenos autores se han deslizado más de una vez con estruendo final. Gala roza continuamente este límite, e incluso parece que se recrea en ello asomando medio cuerpo sobre el abismo, pero en ningún momento se produce la quiebra, el desprendimiento irreversible capaz de convertir la obra en un fiasco. Las cinco mujeres del dramaturgo andaluz hablan y hablan y encarnan, mediante la palabra, el concepto comunitario escueto, a veces trillado o rampión, que el autor andaluz busca y que se resume en el perfil más acusado, ocasionalmente maniqueo, de cada una de las autonomías referidas. Quizá se parte de una situación de "chiste regional", al estilo de aquellos del "erese una vez un catalán, un vasco, un gallego, un andaluz y un madrileño...", que cada uno contaba según su particular conveniencia y con oportuno ensalzamiento de lo propio y desdén por lo ajeno. Pero se pretende ir más lejos. Gala, sin ponerse trascendente, quiere trascender la anécdota.

Buena o mala sombra

¿Y todo ello para qué? ¿Por qué? Si se juzga por la primera parte de la obra, la respuesta parece clara: Para reinos. Tal y como el autor quiso: "Reinos de nuestra sombra, buena y mala, y de la sombra ajena". Pero las obras de teatro son un conjunto, una totalidad, y como tales deben de ser atendidas y entendidas. Y *El Hotelito* tiene una segunda parte en la que empieza a cargarse de seriedad, incluso de una cierta afectación, y la vivaz charlatanería (que a buen seguro no llevaba a otra parte que a la carcajada) comienza a ordenarse y reajustarse, en tanto que los personajes parecen buscar su lugar y prepararse, como ciclistas agrupados en las proximidades de una meta, para el sprint final. Entonces el ritmo cambia, se frena, y el humor cede. Y uno se pregunta: ¿No es precisamente el reconocimiento de la necesidad de esta trascendencia lo que de buena manera invalida todo el parloteo anterior?

En la puesta en escena, Gustavo Pérez Puig y Mara Recateo tuvieron un mérito extraordinario: convencer al público de que hay un movimiento escénico donde sólo hay palabras. Lo consiguieron con muy pocos elementos y sobre un decorado



Una obra de arquetipos.

encarna nada "y desde la generación in vitro no servimos absolutamente para nada". Con ellas, con las cinco, Gala compone y ofrece una visión posible del estado de la cuestión. Una visión que quiere que no sea sólo la suya; por eso son ellas, las cinco, las que, echando mano, con igual oportunidad, de chascarrillos populares o de acontecimientos históricos, definen quiénes son, qué representan, cómo conviven y qué quieren para el futuro. Para el futuro del hotelito y también —y sobre todo— para el futuro de España, que aparece concebida más como una unión que como una unidad.

En escena, la Galicia atemporal, casi de postal, que no se sabe si viene o va, siempre pendiente de su vaca y de su mar y más próxima del lamento rosaliano que de los rudos contrastes de un Valle Inclán (una perspectiva probablemente demasiado trivial y decimonónica); La Andalucía de la luz y de la palabra ("de Despeñaperros para arriba todo es Alemania"), que reúne en sí la frescura y el grajeo populares y también, como una pareja de ases, quizá insuficiente en esta partida, la sabidu-



Beatriz Carvajal y Julia Martínez.

permanente. Para ello tuvieron la habilidad de crear un trasiego de hormiguero —esto es, un movimiento—, que por veces incluso parece necesario y que, en cualquier caso, es indispensable.

Francisco Nieva, construye, en esta ocasión, un hotelito referencial en el que, más allá de lo indicativo (muros derruidos, morriones, espadas, etcétera), muestra un conjunto estético armónico, que evoca una poética decadente. Como si de nuevo alguien mirase los muros de la patria suya y, *si un tiempo fuertes, ya desmoronados* los hallase otra vez, *de la carrera de la edad cansados...* Constituye, este interior, un fondo estético adecuado para la dialéctica huebra y vana, pero brillante, de las escenas en que las cinco mujeres berrean y se desgañitan como grajos alborotados, pero lo es menos cuando el parlamento se sosiega y la referencia se aproxima a la España actual. Quizá porque, en estos momentos, lo decadente asume el riesgo de semejar gratuitamente reaccionario o pasadista.

C. G. R.

Gustavo Pérez Puig, murciano —accidentalmente nacido en Madrid— de 55 años, dirige *El Hotelito* de Antonio Gala y está feliz. Entusiasmado y feliz. Y pocas cosas hay más difíciles que poner dique a las palabras de un hombre en este estado.

—Mira, cuando Antonio Gala me leyó el texto, cuatro meses después de que yo le pidiera una obra, me quedé completamente deslumbrado. Deslumbrado. Quizá allí no había acción dramática, quizá faltaba un desarrollo de caracteres, pero había un texto extraordinario que era, todo él, un alarde de erudición, de talento, de gracia, de ternura y de poesía. Algunos han querido decir que esto no es teatro. Pues ¿qué es teatro? Yo creo que si el público recibe una obra con entusiasmo y aplaude varias veces durante su desarrollo, eso es teatro. Lo que no es ni puede ser teatro es lo que no quiere nadie, porque el teatro, hay que insistir en ello, se compone de lo que hay en el escenario y de lo que hay en el patio de butacas. A mí me gustaría que algún crítico, que atacó esta obra y me atacó a mí, me explicase qué es teatro, si no es esto. Si él lo ha descubierto, quizá podría explicármelo. Si da una conferencia sobre ello, yo prometo asistir, aunque sea el único espectador”.

—Gustavo, pero tú mismo reconoces que no hay acción dramática en la obra.

—“Acepto que no existe acción dramática y acepto que la

Sobre la tarima del escenario, Beatriz Carvajal consigue una Carmiña sufrida, pero responsable, con una escena espiritista, muy notable y una expresión de acento gallego comedida y evocadora, que evita el ridículo y es a veces incluso poética, a pesar

del corsé de la caricatura. María José Alfonso, con encanto, desparpajo y madurez, logra una Rocio que trasluce la preferencia del autor en algún *explayamiento* lírico. Julia Martínez encarna una Montserrat señorona y displicente y se manifiesta muy

cómoda y con autoridad en el papel, sobre todo en las escenas de debate en que defiende lo que podría llamarse su “posición catalana”. Josele Román es, con acierto, una Begoña difícil, que se deja ver más por el gesto que por la palabra y que no alcanza nunca, quizá por voluntad de Gala, a desprenderse de su propia caricatura para ser ocasionalmente mujer. Pilar Bardem hace una Paloma con logros relevantes en las escenas de carácter, que se complace mal con la actitud inhibida que le corresponde o elige en otras, de modo que, por decirlo de alguna manera, está más brillante cuando es Madrid-capital que cuando es Autonomía de Madrid. Las cinco componen un mosaico que algunos quieren menor y que probablemente no es más que diferente. Porque *El Hotelito*, que quizá no aporta nada en el ámbito de la escena —no puede decirse que sea precisamente una pieza innovadora—, corre el *inmenso riesgo* de convertirse en la obra más popular —y menos querida por la crítica— de Antonio Gala.



Gustavo Pérez Puig y Mara Recatero.

GUSTAVO PEREZ PUIG: “Qué es teatro, si no?”

obra se podría representar con las cinco mujeres sentadas en un banco, pero, como no se trataba de hacer una lectura escenificada, se planteó el problema, que lo era, y se dio una solución que a mí me parece acertada. Teníamos cinco mujeres y teníamos, a la vez, cinco regiones. Era preciso crear y cuidar los movimientos, los gestos, las expresiones, los acentos incluso, de modo que no hubiera ni ofendidos ni traicionados. Y esto, todo lo que hicimos, creo que es teatro ¿no?”.

—Los personajes son a la vez mujeres y comunidades autónomas, ¿cómo resolvisteis esta doble dimensión en la puesta en escena?

—“En realidad no son cinco mujeres sino que, como dice Antonio, son quinientas o cinco mil... Es decir, son una y muchas veces a la vez. Se trata de cinco arquetipos que se enfrentan desde el principio y con los que se juega durante todo el tiempo que dura la obra”.

—Sin embargo, Begoña, que

representa el País Vasco, aparece excesivamente esquematizada, quizá peor tratada...

—“Begoña es la más enigmática, la más desconocida, también la más metida hacia adentro, quizá porque así es el carácter de los vascos. En fin, hay regiones con gentes más abiertas que otras y, en este caso, posiblemente se refleje ese cierto distanciamiento. Pero Begoña, si uno se fija, acompaña siempre a las demás con su gesto y está en toda la comedia. Lo que probablemente ocurre es que el espectador está más pendiente de la que habla en cada momento y eso la vuelve a ella aún más misteriosa”.

—Nieva construyó en el escenario un interior de hotelito —o de castillo—ruinoso. Pensando que esta imagen vendría a ser el reflejo de la España actual, al ser el lugar en que transcurre la acción, ¿no ofrece una visión muy desesperanzada y derrotista del momento que vivimos?

—“Nieva compuso, con intención, un decorado simbólico-

poético que trata de reflejar toda la historia de España, como se puede percibir en sus más menudos detalles. Pretende mostrar una casa muchas veces reconstruida, llena de parches por todas partes, que se hace y se deshace continuamente. Lo cual, según creo, expresa justamente lo que Gala quiere decir”.

Gustavo Pérez Puig, tres Premios Nacionales de Teatro, director de obras tan significativas como *Tres sombreros de copa* de Miguel Mihura y *Escuadra hacia la muerte* de Alfonso Sastre, tiene la conciencia tranquila:

—El resultado está ahí. Y el público es el único juez que vale.

Pérez Puig está especialmente orgulloso de tres montajes a lo largo de su vida. Son los que hizo de *La venganza de Don Mendo*, *Angelina* o *el honor de un brigadier*, de Jardiel, y *Los peces rojos*, de Anouilh. De seguir este entusiasmo, en cierta medida defensivo, *El Hotelito*, bien pudiera terminar siendo una de las cuatro obras de que se siente más orgulloso.